

Frieder y Katerlieschen

Había una vez en este mundo un marido (que se llamaba Frier) y una mujer (ella se llamaba Katerlisjen); se habían casado no hacía mucho y aún se consideraban jóvenes.

Un día dijo Frier: «Iré al campo, Katerlisjen; y cuando vuelva de allí, que tengas entonces sobre la mesa algo asado para calmar el hambre y alguna bebida refrescante para calmar la sed». —«Vete, vete, Frier —le respondió Katerlisjen—, ya te lo prepararé todo como es debido».

Cuando llegó la hora de comer, sacó del tubo una salchicha que allí se ahumaba, la puso en una bandeja, le añadió un poco de aceite y colocó la bandeja al fuego. La salchicha comenzó a dorarse y a chisporrotear en la bandeja, mientras Katerlisjen, permaneciendo junto al fuego y sujetando el asa de la bandeja, reflexionaba para sí misma...

«¿Y qué? —se le ocurrió de repente—. Mientras la salchicha se fríe, bien podría yo bajar a la bodega y servir algo de beber».

Así que acomodó firmemente la bandeja sobre el fuego, tomó una jarra, bajó a la bodega y comenzó a servir cerveza. La cerveza fluía hacia la jarra, Katerlisjen la miraba, cuando de pronto se dio cuenta: «¡Ay, ay! ¡El perro no está atado arriba! Quizás saque la salchicha de la bandeja, ¡vaya lío!». Y en un instante subió corriendo las escaleras desde la bodega...

Y ve que el perro ya tiene la salchicha entre los dientes y la arrastra tras de sí por el suelo.

Sin embargo, Katerlisjen no era perezosa para correr; se lanzó en persecución del perro y lo persiguió bastante tiempo por el campo; pero el perro corría más rápido que ella y no soltaba la salchicha de sus dientes, y se la llevó más allá del campo. «Bueno, ¡lo hecho, hecho está!», dijo Katerlisjen, volvió atrás y, cansada de tanto correr, fue a casa despacio para calmarse un poco.

Mientras tanto, la cerveza seguía y seguía saliendo del barril, porque Katerlisjen había olvidado cerrar el grifo; la jarra se llenó hasta el borde, y luego la cerveza comenzó a fluir fuera de la jarra hacia la bodega, y siguió fluyendo hasta que todo el barril quedó vacío.

Katerlisjen vio desde las escaleras qué desgracia había ocurrido en la bodega. «¡Vaya vaya! —exclamó—. ¿Qué hacer ahora para que Frier no se dé cuenta de esta desgracia?»

Pensó y pensó, y recordó que desde la última feria tenían en el desván un saco de excelente harina de trigo, así que ideó bajar ese saco del desván y esparcirlo por el suelo de la bodega inundado de cerveza. «¡Sí, esto sí que puede decirse! —pensó—. ¡La previsión no estorba y en la necesidad resulta útil!»

Subió al desván, arrastró el saco desde allí y lo dejó caer de sus hombros justo sobre la jarra llena de cerveza; la jarra se volcó y la bebida preparada para Frier también se derramó por toda la bodega.

«No en vano dice la gente —dijo Katerlisjen— que donde hay sitio para uno, también lo hay para otro». Y esparció la harina del saco por toda la bodega. Y cuando terminó de esparcirla, no podía dejar de admirar su trabajo e incluso dijo: «¡Qué limpio y ordenado está ahora todo aquí!»

A la hora de comer llegó Frier a casa. «Vamos, Katerlisjen, ¿qué me has preparado?» —«¡Ay, Frier! —respondió ella—. Pensé freírte una salchicha; pero mientras servía cerveza del barril en la bodega, el perro se llevó la salchicha de la bandeja; y cuando perseguí al perro, toda la cerveza se escapó del barril; pensé secar la bodega de la cerveza con harina de trigo y también volqué la jarra de cerveza. Pero, en fin, estate tranquilo, ahora tenemos la bodega seca». —«¡Esposa, esposa! —le dijo Frier—. ¡Más te valdría no haber hecho eso! Dejaste que el perro se llevara la salchicha, permitiste que la cerveza se escapara del barril y además se te ocurrió cubrir la cerveza con harina de trigo». —«Así es, maridito; pero yo no preví nada de esto: deberías habérmelo dicho todo de antemano».

Frier pensó: «Bueno, si sigue así con mi mujer, realmente tendré que pensar yo mismo en todo por adelantado».

Así sucedió que, habiendo acumulado una cantidad considerable de táleros, los cambió por oro y le dijo a Katerlisjen: «¿Ves aquí estas moneditas amarillas? Estas moneditas las pondré en una olla y la enterraré en el establo bajo el comedero de la vaca; solo mira: no las toques, ¡o te las verás conmigo!». Y ella dijo: «No, maridito, de ninguna manera las tocaré».

Cuando Frier se hubo ido, llegaron al pueblo unos mercaderes a vender jarras y ollas de barro y preguntaron a Katerlisjen si deseaba comprar algo. «Eh, buenas gentes —dijo Katerlisjen—, no tengo dinero alguno y no puedo comprarles nada; pero si necesitan moneditas amarillas, pues por moneditas amarillas yo también les compraría algo». —«¿Moneditas amarillas? ¿Por qué no las necesitaríamos?

¡Muéstranoslas!» —«Pues vayan al establo y busquen bajo el comedero de la vaca, allí encontrarán las moneditas amarillas en una olla, ¡yo ni siquiera debo estar presente!»

Los astutos mercaderes fueron siguiendo su indicación, buscaron bajo el comedero y desenterraron oro puro. Se llevaron el oro y huyeron con él, dejando toda su mercancía, ollas y jarras, en la casa.

Katerlisjen pensó que esta nueva vajilla podría serle útil; pero como en la cocina no carecía de ella, rompió el fondo de todas las ollas nuevas y las colocó como adorno sobre los postes de la cerca alrededor de toda la casa.

Cuando Frier regresó a casa y vio este nuevo adorno, comenzó a decir: «Querida, ¿qué es esto que has hecho otra vez?» —«Esto lo compré, querido, con esas moneditas amarillas que estaban enterradas bajo el comedero de la vaca... Yo misma no fui allí, fueron los vendedores quienes las desenterraron». —«¡Ay, Katerlisjen! ¿Qué has hecho? ¡Esas no eran fragmentos, sino oro puro, y en ello estaba toda nuestra fortuna! ¡No debías haber hecho esto!» —«Así es, querido —respondió ella—, pero yo no lo sabía; deberías habérmelo dicho de antemano».

Katerlisjen se quedó parada un momento, pensó y dijo: «Escucha, maridito, tú puedes volver a conseguir tu oro, corramos rápidamente tras los ladrones». —«Vamos, quizás —dijo Frier—, intentémoslo; solo lleva contigo pan y queso, para tener algo que comer por el camino». —«De acuerdo, maridito, lo llevaré».

Se lanzaron en persecución, y como Frier era más ligero de pies que su mujer, Katerlisjen se quedó atrás. «Así es aún mejor —pensó ella—, cuando volvamos, tendré que caminar menos».

Así llegaron por el camino a una montaña, donde en ambas laderas había surcos profundos hechos por las ruedas. «Mira tú —dijo Katerlisjen—, ¡cómo han cortado, cavado y rayado aquí la pobre tierra, de modo que no sanará en toda la vida!». Y, movida por gran compasión, tomó y untó todos los surcos con mantequilla, para que las ruedas rodaran más suavemente sobre ellos; y mientras se inclinaba sobre los surcos, se le cayó una cabeza de queso del delantal y rodó cuesta abajo. «Bueno, no, hermano —dijo Katerlisjen—, yo subí una vez a la montaña, y por tu culpa no subiré otra vez; que otro queso rueda tras él y lo traiga de vuelta aquí».

Tomó otra cabeza de queso y la hizo rodar tras la primera. Sin embargo, los quesos no volvían hacia ella; entonces dejó rodar un tercero tras ellos y pensó: «Quizás esperan al tercero y no quieren regresar solos».

Pero tampoco los tres quesos regresaban; entonces decidió: «Parece que el tercero no encontró el camino hacia ellos y se perdió en el trayecto, enviaré también un

cuarto tras ellos, que los llame». Pero con el cuarto ocurrió lo mismo que con el tercero.

Entonces la esposa se enfadó, arrojó cuesta abajo también la quinta y la sexta cabeza de queso, de modo que ya no le quedaba queso en absoluto.

Sin embargo, todavía los esperó algún tiempo y escuchó atentamente; pero como los quesos no regresaban, los dio por perdidos y murmuró: «¡A ustedes sí que habría que enviarlos a buscar la muerte! No esperaré más: si quieren, ¡alcáncenme ustedes mismos!»

Katerlisjen continuó caminando y se encontró con su marido, que se había detenido y la esperaba, porque tenía hambre. «¡Vamos, dame aquí lo que tengas de reserva!»

Ella le entregó pan seco. «¿Y dónde están la mantequilla y el queso?» —«Ay, maridito, unté con mantequilla los surcos del camino; y nuestros quesos pronto regresarán: uno se me cayó de las manos, y los otros los envié yo misma tras él para que lo trajeran de vuelta». —«Bueno, esposita, podrías no haber hecho esto. ¡Vaya idea, untar el camino con mantequilla y hacer rodar los quesos montaña abajo!» —«Así es, maridito, pero tú tienes la culpa, ¿por qué no me advertiste?»

Tuvieron que merendar ambos con pan seco; entonces dijo Frier: «Esposa, ¿cerraste con llave nuestra casa cuando salimos de ella?» —«No,

«Maridito, deberías habérmelo dicho». — «Pues entonces vuelve a casa y primero cierra la puerta, y luego ya seguiremos; y de paso trae también algo diferente para comer, yo te esperaré aquí».

Fue Caterlizchen a casa, y pensó: «El maridito quiere comer algo diferente, el queso y la mantequilla no le han gustado, así que le traeré de casa un fardo entero de peras secas y una jarra de vinagre».

Luego corrió el cerrojo de la puerta del piso superior de la casa, pero quitó de sus goznes la puerta de abajo y se la llevó consigo, poniéndola sobre sus hombros, y mientras tanto pensó que si ella tenía la puerta bajo su vigilancia, entonces nadie podría entrar en la casa.

No pronto llegó Caterlizchen al lugar, y todo el tiempo pensaba: «Que el maridito descanse un poco mientras tanto».

Cuando llegó donde Frieder, dijo: «Aquí tienes, maridito, te he traído la puerta de la casa; toma, vigílala». — «¡Ay, Dios mío, qué mujer tan lista tengo! ¡Se ha llevado consigo la puerta de abajo, de modo que ahora cualquiera tiene camino abierto

hacia nuestra casa, y la del piso superior la ha cerrado con cerrojo! Bueno, ya es tarde para volver a casa; pero puesto que has arrastrado hasta aquí la puerta, haz el favor de cargar con ella tú misma más adelante». — «Bueno, la puerta la llevaré yo, maridito, pero el fardo con las peras secas y la jarra con el vinagre me pesan demasiado para llevarlos; los colgaré en la puerta, que los lleve la puerta».

Así finalmente entraron en el bosque y comenzaron a buscar a los mercaderes ladrones, pero no los encontraron.

Ya empezaba a oscurecer, y se subieron a un árbol, pensando pasar allí la noche. Pero apenas se hubieron sentado arriba, cuando llegaron bajo aquel mismo árbol aquellos buenos mozos que se llevan consigo todo lo que no quiere ir por sí solo detrás de ellos, y que saben encontrar las cosas antes de que se pierdan.

Se sentaron bajo el árbol al que habían subido Frieder y Caterlizchen, encendieron fuego y se disponían a repartir su botín. Frieder bajó del árbol por el otro lado para recoger piedras, volvió a subir con ellas al árbol y quiso aplastar con ellas a los ladrones hasta matarlos. Pero ninguna de sus piedras dio en el blanco, y los ladrones comenzaron a decir entre sí: «Parece que pronto amanecerá; el viento está haciendo caer las piñas de los abetos».

Mientras tanto, Caterlizchen seguía sosteniendo la puerta sobre sus hombros, y como le pesaba mucho mantenerla, pensó que era el fardo de peras lo que tiraba de la puerta hacia abajo, y dijo a su marido: «Voy a soltar el fardo de peras». — «No, mujercita, ahora no lo tires, porque por las peras podrían encontrarnos también a nosotros en el árbol». — «No, lo tiraré, no puedo, ¡me pesan demasiado!». — «¡Pues entonces hazlo, que le lleve el diablo!».

Y las peras cayeron através de las ramas hacia abajo, pero los que estaban abajo ni siquiera prestaron atención a ellas.

Poco después, Caterlizchen, que seguía agotada bajo el peso de la puerta, dijo a su marido: «¡Ay, maridito! También tengo que derramar el vinagre». — «No, mujercita, no hagas eso, ¡porque quizás nos encuentren!». — «¡Ay, maridito, no puedo: tengo que echarlo fuera! ¡Me pesa demasiado!». — «¡Pues entonces échalo, que lo lleve el diablo!».

Ella derramó el vinagre y salpicó con él a los buenos mozos que estaban abajo. Ellos comenzaron a hablar entre sí, diciendo que estaba cayendo rocío.

Finalmente, Caterlizchen cayó en la cuenta: «¿Será acaso la puerta lo que tanto me tira del hombro?» —y dijo a su marido—: «¡Maridito, también voy a quitarme la puerta de los hombros!». — «¡Cómo se te ocurre! ¡Entonces nos descubrirán inmediatamente!». — «¡Ay, no puedo! ¡Me pesa demasiado!». — «¡Pero no,

aguántala!». — «¡No, de ningún modo puedo: se me caerá!». — «¡Pues entonces tírala, que se la lleve el diablo!» —respondió Frieder con enfado.

La puerta cayó del árbol con estrépito y ruido, y los ladrones que estaban debajo gritaron: «¡El mismo diablo cae sobre nosotros desde el árbol!», echaron a correr en todas direcciones y abandonaron todo su botín en el lugar.

Temprano por la mañana, cuando Frieder y Caterlizchen bajaron del árbol, encontraron debajo de él todo su oro y lo llevaron a casa.